

➤ Juan Goytisolo y la “primavera árabe”

Marco Kunz
Université de Lausanne, Suiza

Resumen: Juan Goytisolo observó con entusiasmo, pero también con cierta preocupación, las noticias sobre las revoluciones que, desde comienzos de 2011, derrocaron varios regímenes autocráticos (en Túnez, Egipto y Libia), provocaron reformas en otros países (Marruecos) y condujeron a una guerra civil aún no terminada (Siria). Formuló sus opiniones sobre este proceso histórico en reportajes, ensayos y, sobre todo, artículos periodísticos publicados en *El País*. A partir de estos textos, me propongo comparar sus comentarios actuales con ideas expresadas desde finales del siglo xx y analizar las figuras argumentativas características de la visión goytisoleana de la historia reciente de África del Norte.

Palabras clave: Juan Goytisolo; Primavera árabe; África del Norte; Literatura española; Siglo XXI.

Abstract: Juan Goytisolo observed with enthusiasm, though with certain concern, the news about the revolutions that, since early 2011, overthrew several autocratical regimes (in Tunisia, Egypt and Libya), entailed reforms in other countries (Morocco) and caused a yet unfinished civil war (Syria). He gave his opinions on this historical process in reportages, essays and, mainly, articles published in *El País*. Based on these texts, I intend to compare his current comments with ideas he expressed in the late 20th century and to analyze argumentation figures that are characteristic of Goytisolo's vision of the recent history of North Africa.

Keywords: Juan Goytisolo; Arab Spring; North Africa; Spanish literature; 21th Century.

Desde su primer contacto con los árabes, Juan Goytisolo siempre se ha solidarizado con sus movimientos de liberación, pero no sin criticar sus derivas hacia la dictadura o el terrorismo, distanciándose tanto de los regímenes opresores que se apoderaron de la mayoría de los países del Norte de África y del Oriente Próximo en la era poscolonial, como del fundamentalismo islámico que cunde como reacción a aquellos. Mientras que en sus novelas más “orientalistas” y sus libros de ensayos explora sobre todo la dimensión cultural del islam, sus artículos en la prensa diaria y en revistas de reflexión política comentan y analizan los acontecimientos actuales del mundo árabe e islámico que más interés mediático suscitan en los países occidentales, proponiendo fundar las relaciones políticas y económicas con Oriente sobre nuevas bases y superar los prejuicios que no solo impiden la comprensión mutua, sino que se vuelven contraproducentes: Goytisolo opina que, hasta ahora, las estrategias occidentales en el ámbito islámico han tenido casi siempre consecuencias nefastas y a menudo incluso contrarias a las deseadas. Hostil a la represión en todas sus formas, sus preocupaciones principales en estos textos periodísticos

son explicar la historia moderna de los países árabes, denunciar el autoritarismo de sus gobiernos y la violación de los derechos humanos, y cuestionar la política europea y norteamericana respecto a ellos.

Un año antes de las revoluciones que en 2011 derrocaron a los dictadores de varios países árabes, Goytisolo comentó, una vez más, la situación en el mundo islámico y las consecuencias de los errores occidentales, insistiendo en la necesidad y posibilidad de reformas democráticas:

Los reformistas existen y se hacen oír: los conozco y he conversado con ellos tanto en Irán como en Oriente Próximo y el Magreb. Son a la vez demócratas y musulmanes, niegan con su ejemplo el choque de civilizaciones –reivindican los derechos establecidos por la Carta Fundacional de Naciones Unidas y promueven asociaciones en las que las mujeres desempeñan un papel muy activo (Goytisolo 2010a).

La pregunta de cómo podría ser posible una auténtica democratización de los Estados árabes ocupa un lugar central en estas reflexiones. No sorprende, pues, el entusiasmo con que Goytisolo siguió los acontecimientos de la “primavera árabe” desde principios de 2011: lo que estaba ocurriendo en Túnez, Egipto y Libia era lo que había deseado desde hacía mucho tiempo, y veía confirmados sus análisis formulados sobre todo en la década anterior, después de los atentados del 11-S y durante la Guerra de Irak. A partir de unos cuarenta textos, publicados antes y después del comienzo de las revoluciones árabes y en su gran mayoría todavía no incluidos en ninguno de sus libros, quisiera presentar aquí sus ideas principales al respecto y comentar una serie de figuras típicas de su argumentación.

Después del 11-S: el islam entre despotismo y democracia

Como reacción a los atentados del 11-S, Goytisolo, previendo los estragos que causaría un nuevo maniqueísmo en las relaciones entre Occidente y Oriente, planteó en *El País* del 20 septiembre de 2001 sus “Preguntas, preguntas, preguntas” sobre cómo los defensores “de la civilización, la libertad y la democracia” (Goytisolo 2001a: 27) deberían actuar ante el terrorismo y sugirió ya una respuesta: combatir sus causas en vez de fomentarlas. Lo que concretamente, y entre otras cosas, significaría no castigar aún más cruelmente al pueblo del Irak “por los crímenes y aventuras bélicas de su dictador –un dictador al que nunca eligió, del que fue su primera víctima y que para colmo sigue en su puesto” (Goytisolo 2001a: 27)–, y desconfiar de los aliados hipócritas y en gran parte corresponsables del mal que se pretende combatir con su interesada ayuda, como en primer lugar la Arabia Saudí de la petromonarquía y el wahabismo, una tendencia particularmente fundamentalista e intolerante del islam.

Exactamente un año después de los ataques terroristas contra las Torres Gemelas y el Pentágono, Goytisolo brindó sus críticas y pesimistas “Respuestas, respuestas, respuestas”, opinando que en un año de guerra en Afganistán y otros frentes se habían agravado los problemas que forman el caldo de cultivo del islamismo radical y violento: hambre, opresión, analfabetismo y “un *apartheid* que no osa decir su nombre” (Goytisolo 2002: 14).

Entre estos dos textos, en un artículo sobre Edward Said, y haciendo suyas las ideas del gran intelectual palestino, Goytisolo denunció las consecuencias nefastas del “apoyo

occidental a los regímenes árabe-musulmanes corruptos y represivos que se alinean prudentemente en su bando” (Goytisolo 2001c: 20), pues con esta estrategia equivocada se condenaba a los pueblos oprimidos a elegir entre dos opciones igualmente desesperantes:

o una huida adelante, hacia un islamismo intolerante y retrógrado, o un sometimiento a aquellos regímenes que perpetúan su ignorancia y subdesarrollo económico y cultural (Goytisolo 2001c: 20).

Lo que en esta frase vale para la región del Golfo es también aplicable al Norte de África: Goytisolo interpreta la radicalización islamista como una consecuencia de “consideraciones geoestratégicas” (Goytisolo 2006: 13) equivocadas, y atribuye la creciente popularidad de los integristas militantes a los “sustanciosos acuerdos económicos [de Europa y Norteamérica] con los Estados que los reprimían y encarcelaban” (Goytisolo 2006: 13). Denuncia la inconsecuencia ética de Occidente: si en la época de la guerra fría, “[e]l islamista salafista era percibido hasta fecha reciente como una fuerza amiga en cuanto opuesto al comunismo soviético y al espíritu emancipador” (Goytisolo 2006: 13), en el nuevo orden mundial después del derrumbe de la Unión Soviética se ha convertido en la encarnación del Mal para los Estados occidentales que pactan con regímenes despóticos, contrarios a sus propios principios de democracia y derechos humanos, porque creen que les ayudan en la lucha contra el terrorismo. Según Goytisolo, esto desprestigia la noción misma de democracia en ámbito islámico:

La frustración de los países islámicos sometidos a gobiernos corruptos e incompetentes aliados de Occidente ha sido la causa de la creciente desafección de sus pueblos por el presunto sistema democrático en el que desmedran. Los partidos políticos [...] han perdido toda credibilidad y las elecciones plebiscitarias son vistas como un ritual en el que los resultados favorables al poder se cocinan de antemano (Goytisolo 2006: 13).

Reiteradas veces Juan Goytisolo insiste en sus artículos de la primera década del siglo XXI en que el islam no es incompatible con la democracia ni con los derechos humanos. Señala causas internas y externas a los países árabes, y razones también intrínsecas a la religión, para explicar el retraso, y no dejan lugar a dudas en cuanto al déficit de democracia: debido a la incultura en que los dictadores y monarcas árabes mantienen a gran parte de sus súbditos, la falta de educación cívica y en humanidades se refleja en el auge del islamismo y en una cerrazón a valores como la diversidad y el interculturalismo, que chocan “con el muro de una tradición teológica —en realidad de un discurso ideologizado— que ignora o rechaza los avances del pensamiento y las ciencias” (Goytisolo 2011b). Como ninguna religión, el islam tampoco puede ser realmente laico, “pero sí podemos contribuir de un modo u otro a la emergencia de sociedades y colectivos musulmanes en sintonía con los valores individuales y democráticos concretados en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de la ONU en 1948” (Goytisolo 2003c: 8-9). Para propagar con éxito los valores cívicos de Occidente, como libertad individual, pluralismo, tolerancia, etc., toda intervención occidental en los países islámicos debería adecuarse “a los principios democráticos que defendemos” (Goytisolo 2008b). No las medidas militares, sino los medios políticos pueden provocar los cambios deseados, fomentando la democratización desde dentro a través de un “reformismo pragmático”: “Libertad de interpretación

religiosa, crítica, reforma: tales son los pasos de quienes, en el seno de las sociedades musulmanes, aspiran a un compromiso entre democracia e islam” (Goytisolo 2008b); “la lucha por la igualdad jurídica y práctica de la mujer será un objetivo primordial”, como también “el desenvolvimiento de una educación cívica” (Goytisolo 2008b) a fin de crear las condiciones necesarias para el arraigo de una democracia no solo superficial:

Los pueblos de Oriente Próximo y del Magreb necesitan desesperadamente unos gobiernos democráticos, liberados del peso opresor de las tradiciones retrógradas y de la instrumentalización wahabí del Corán. Pero la democracia no se impone a bombazos, ni con políticas de dos pesos y dos medidas tocante a Israel y a sus países vecinos (Goytisolo 2003d).

En la opinión de Goytisolo, las democracias occidentales se equivocan en las estrategias adaptadas respecto a los árabes. Por miedo al islamismo, alegando los ejemplos negativos de Irán y Afganistán, Occidente prefiere ayudar a mantener en el poder los regímenes despóticos que reprimen brutalmente los movimientos integristas y así contribuye a aumentar la popularidad de estos en la población de los países que sufren bajo las dictaduras republicanas o teocráticas:

La corrupción de las élites gobernantes, las dictaduras que se perpetúan en el poder, la farsa electoral que se repite en la casi totalidad de los Estados de la Liga Árabe, no valen de muralla para impedir la expansión del islamismo: al revés, lo fomentan y lo convierten en alternativa viable (Goytisolo 2009).

Goytisolo no se hace ilusiones, sino que pronostica el triunfo de los islamistas si se introdujera la democracia¹: sin embargo, esto no significa para él que haya que impedir con todos los medios, incluso sacrificando la democracia, que los partidos islamistas lleguen a ganar las elecciones sino que, al contrario, los gobiernos demócratas musulmanes (Goytisolo 2006: 13), como el de Erdogan en Turquía, deberían ser apoyados porque “introducen el islam político en la arena de las democracias parlamentarias” (Goytisolo 2006: 13), es decir, demuestran que el islam puede democratizarse dentro de un marco democrático verdadero, mientras que seguirán combatiendo la democracia si no se les ofrece la posibilidad de participar en ella. Como consecuencia tanto de las farsas pseudo-democráticas en los países árabes que simulan un sistema electoral como de la política de la doble medida de Occidente, los principios democráticos, que para Goytisolo resultan “irrenunciables” (Goytisolo 2006: 13), han caído en desprestigio en el mundo islámico y son percibidos “como un vacío ejercicio de hipocresía” (Goytisolo 2006: 13) por las víctimas de los errores y abusos cometidos en su nombre en Gaza, Srebrenica, Grozni, Irak, etc. Pero está convencido de que, en la medida en que se le respeta y que, a su vez, acepta respetar tanto el pluralismo que caracteriza las sociedades democráticas como los fundamentos éticos en que estas estriban, el islam puede ser integrado en la democracia:

¹ Sobre decir que los casos de Túnez, Libia y Egipto después de la primavera árabe confirman el pronóstico de Goytisolo. Tras el final sangriento del gobierno de Morsi en Egipto –“no se puede edificar una democracia sin demócratas” (Goytisolo 2013c)–, Goytisolo, recordando los problemas existenciales del país, insistió en la urgencia de un “programa inclusivo de salvación” (Goytisolo 2013c), que no podrá tener éxito sin la participación de los Hermanos Musulmanes.

el respeto de los valores ajenos, en la medida en que son respetables, es el fundamento de las sociedades democráticas. Por dicha razón, ni la poligamia, ni la discriminación de la mujer, ni las prácticas aberrantes de las sociedades subsaharianas y nilóticas tocante a la ablación tienen cabida, por ejemplo, en el ámbito europeo ni pueden ser toleradas (Goytisolo 2006: 14).

No obstante, Goytisolo nos recuerda que para hacer posible la convivencia pacífica, hay que tener en cuenta “las diferencias existentes entre una sociedad mayoritariamente pragmática y librepensadora y una sociedad de creyentes” (Goytisolo 2006: 14). Con ofensas a estos últimos, por ejemplo con una torpe caricatura que equipara al profeta Mahoma al terrorismo, se atiza el conflicto: “La libertad no nos exige de un mínimo de responsabilidad” (Goytisolo 2006: 14). Y precisa que no se trata de restringir la libertad de expresión, sino de saber usarla, ya que no todo lo permitido es recomendable: “La democracia tiene que mantenerse firme en sus principios y evitar toda claudicación, pero exige flexibilidad en la aplicación de sus reglas” (Goytisolo 2006: 14). La exportación, desde la Arabia Saudí, del wahabismo, “la rama más extrema de la escuela jurídica más estricta” (Goytisolo 2003c: 12), difunde una forma extremadamente rigorista y anacrónica del islam: por eso Goytisolo recomienda que, en vez de apostar por un laicismo a ultranza o un cristianismo exclusivo que dejan a los inmigrantes islámicos en manos de tales predicadores antidemocráticos, la Unión Europea confiera la educación religiosa de los alumnos musulmanes a profesores no wahabíes y apoye

a las fuerzas democráticas que, en condiciones a menudo difíciles, luchan en los países árabo-musulmanes por un Estado moderno respetuoso de los derechos humanos e impulsor del progreso de la sociedad, en vez de pactar por razones de provecho económico con regímenes que encarnan la negación de dichos principios (Goytisolo 2003c: 16).

Después de los atentados del 11-M, Goytisolo defendió su idea de que el medio más eficaz para combatir el terrorismo islámico es mejorar las condiciones en que viven los musulmanes, tanto en sus países como en la emigración en Europa, en vez de marginarlos y discriminarlos:

Fuera de nuestras fronteras, tenemos que encabezar una nueva política respecto a los países árabes, destinada a combatir la pobreza y el subdesarrollo y a sostener sin reservas a las fuerzas democráticas que luchan contra el despotismo y la corrupción. Reclamar completa transparencia a sus Gobiernos en los planes de ayuda y denunciar sus abusos judiciales (Goytisolo 2004: 15-16).

Los países norteafricanos antes de la primavera árabe

En los países norteafricanos donde triunfaron las revoluciones en 2011, Túnez, Egipto y Libia, gobernaban autócratas envejecidos —Goytisolo habla de gerontocracias— que, apoyados por sus clanes y sus fieles cómplices, se habían apoderado del Estado como si de su propiedad privada se tratara y gozaban de la indulgencia europea y norteamericana a cambio de negocios suculentos y el apoyo en la lucha contra el islamismo: “las dictaduras de Egipto y Túnez lograron liquidar el islamismo político mediante una represión

durísima” (Goytisolo 2003c: 7-17), mientras que a Gadafi, desde su acercamiento a los Estados árabes “moderados”, “todo le fue perdonado” (Goytisolo 2011e). Sobre la situación política en Egipto, no hemos encontrado comentarios de Goytisolo escritos antes de la revolución de 2011, pero Túnez y Libia sí fueron objeto de artículos en *El País* que no dejan lugar a dudas en cuanto a la actitud del escritor ante los regímenes que los gobernaban hasta la caída de los sátrapas.

En un artículo de 2000, Goytisolo describe sus impresiones durante un viaje al Túnez de Ben Alí, donde encontró un innegable progreso económico, hecho posible gracias a la agricultura y el turismo, y un nivel de educación más alto que en los países vecinos, una laicización avanzada y una apariencia de modernidad, pero denuncia la falta de democracia y libertad de expresión, reprimida por la “omnipotencia de la máquina policial del régimen –creada primero para erradicar el movimiento islamista y luego cualquier veleidat de oposición democrática” (Goytisolo 2000)–, como también el control total de la población y la censura de los medios de comunicación:

El terror interiorizado en Túnez por los núcleos profesionales, sindicales y universitarios opuestos al régimen explica que, si bien la porfía de éste en destruir a quien discrepa de su absolutismo y arbitrariedad no se ha amansado, sí ha disminuido en cambio el número de personas dispuestas a dejarse triturar por él. El Gran Hermano vela por el silencio y conformismo resignado de la población (Goytisolo 2000).

Describe a Ben Alí como un “jefe omnímoto” (Goytisolo 2000), “reelegido por tercera vez [...] por un noventa y nueve por ciento de los votantes” (Goytisolo 2000) –lo que Goytisolo califica de “farsa electoral ‘a la búlgara’” (Goytisolo 2000)–, idolatrado por una prensa que le dedica diariamente una “salva de ditirambos” (Goytisolo 2000) mientras calla los numerosos problemas que agobian el país. Bajo el mando de Ben Alí, Túnez, “un país social y culturalmente avanzado”, fue “víctima de la paranoia del dictador y del insaciable afán de poder y riqueza del clan de su mujer” (Goytisolo 2011a). Observa el culto que se rinde a la persona de Ben Alí en forma de numerosos retratos en el espacio público, que muestran al jefe de Estado en disfraces y poses significativos (todo un largo párrafo describe el vestuario del dictador), y denuncia “la corrupción y el nepotismo reinantes” (Goytisolo 2000) que acaparan “una parte cada vez mayor de la riqueza nacional para el clan presidencial y sus ramificaciones administrativas” (Goytisolo 2000). Advierte que las malversaciones por el clan presidencial del dinero del Fondo Nacional de Solidaridad, fundado para ayudar a la clase baja y frenar así el auge del islamismo, pueden “provocar a medio plazo una situación difícil, incluso explosiva” (Goytisolo 2000), comentario que anuncia la revolución de 2011 con una década de anticipación.

En cuanto a Muamar Gadafi, durante muchos años lograba obcecar a ciertos sectores izquierdistas con su modelo pseudosocialista y, tras una época de repudio occidental, consiguió la rehabilitación al ser de nuevo aceptado como aliado por países europeos como Francia e Italia. En los meses de 2011 en que la dictadura resistía todavía a los sublevados, Goytisolo recordaba la desilusión de miles de marroquíes que habían emigrado a Libia en la época de la Unión Árabe con Marruecos, seducidos por los cantos de sirena del socialismo libio, y que volvieron decepcionados por lo que encontraron allí: un “régimen cuartelero” (Goytisolo 2011e) y una “estrecha vigilancia de los comités de defensa de la Revolución” (Goytisolo 2011e). También evoca un grotesco homenaje organizado en

una universidad madrileña para celebrar a Gadafi como “genio visionario” (Goytisolo 2011e), y el aún más alucinante coloquio de 700 especialistas de todo el mundo que se reunieron en Trípoli para estudiar el *Libro Verde*, cuyo contenido Goytisolo califica de “ensalada compuesta de socialismo, panarabismo y un vago ingrediente religioso” (Goytisolo 2011e). Con esta ideología como coartada, Gadafi monopolizó el Estado en sus manos: “El ‘gobierno de las masas populares’ es él. Gadafi acapara todo el poder en un país sin Constitución, Parlamento ni partidos políticos y su endiosamiento carece de límites” (Goytisolo 2011e).

Reacio a dejarse instrumentalizar, como de hecho les pasó a numerosos intelectuales occidentales, Goytisolo se mantenía a una prudente distancia del dictador libio. En 2009 no aceptó el Premio Internacional de Literatura porque la “dotación [...] –los 150.000 euros– procede de la Yamahiriya Libia Popular Democrática, creada en 1969 por el golpe militar de Gaddafi” (Goytisolo 2009), y explicó su rechazo del premio en un artículo en *El País*:

por respeto a los pueblos árabes y a su admirable cultura, he criticado siempre que he podido a las teocracias y dinastías republicanas que los gobiernan y mantienen en la pobreza y la ignorancia. [...] La dificultad de acceder al estatus de ciudadano es la causa principal de su frustración y de su refugio en una versión extremista del credo religioso (Goytisolo 2009).

Los tres países norteafricanos en que empezó la primavera árabe correspondían, pues, en mayor o menor grado, al tipo de las repúblicas pseudodemocráticas (i. e. sin elecciones realmente libres ni libertad de expresión), con gobiernos autocráticos desde hacía décadas, cuyos jefes de Estado eran objeto de un culto a su persona comparable con el que suele caracterizar los totalitarismos fascistas y comunistas, con clanes familiares y una casta cortesana que se enriquecían mediante la malversación y la corrupción, regímenes que gozaban de la indulgencia y el apoyo de las democracias occidentales en virtud de estrategias políticas (la lucha contra el extremismo islamista) y/o intereses económicos (petróleo, turismo, etc.). Ante este panorama desolador en todo el ámbito árabe, Goytisolo formuló ya en 2003 unas preguntas que recibieron por fin una respuesta afirmativa en los acontecimientos de la primavera árabe a partir de 2011:

¿despertarán de una vez las sociedades árabes, sumidas en una mezcla letal de fatalismo, frustración y letargia? ¿Reaccionarán con una indispensable autocrítica a la sucesión de desastres que las abruma sin ocultar la cabeza bajo el ala ni recurrir al comodín de las teorías conspirativas? ¿Se enfrentarán a las mentiras, corrupción e incompetencia de sus gobiernos y les exigirán cuentas? (Goytisolo 2003a).

La primavera árabe

Desde el comienzo de las protestas y sublevaciones populares en Túnez, Egipto y Libia, Goytisolo siguió con entusiasmo las noticias sobre el avance de las revoluciones. Sobre lo que sentía al ver las imágenes de los manifestantes de El Cairo, reunidos en la Plaza de la Liberación que muchas veces había cruzado durante sus estancias en la capital egipcia, escribió: “Los seguí día a día y hora tras hora en televisión con un fervor y emoción que raras veces he experimentado en la vida” (Goytisolo 2011d). En los primeros

meses de 2011 publicó en *El País* una serie de artículos en la que insistía en la necesidad de apoyar las aspiraciones democráticas y destacaba el carácter excepcional de lo que estaba ocurriendo, comparable solo a la época en que había apoyado el movimiento de liberación de Argelia: “La revuelta de Túnez es la primera revolución democrática de los países árabes desde su acceso a la independencia” (Goytisoló 2011a). Creía que, tras décadas de regímenes autoritarios, los acontecimientos en Túnez abrirían el camino hacia una auténtica democracia, aunque sin hacerse ilusiones ingenuas sobre los obstáculos que esta habría que superar. Consideraba el proceso como infrenable ya que la juventud, que “proclama sus ansias de libertad, democracia y de una vida digna[,] ha perdido el miedo” (Goytisoló 2011g), y las promesas de reformas con que los regímenes dictatoriales, caídos en total descrédito, intentaban apaciguar a los ciudadanos indignados le resultaban “patéticas, cuando no hilarantes” (Goytisoló 2011g). Pero según las diferencias existentes entre los países, no todos ofrecían las mismas condiciones favorables a un cambio rápido: Túnez, sin embargo, era, según Goytisoló, el país árabe mejor preparado para hacer real la anhelada democratización, gracias a la difusión de valores laicos en la sociedad, un sistema educativo relativamente moderno y la emancipación de la mujer mucho más avanzada que en otros países (Goytisoló 2011a). Como factores que provocaron y/o aceleraron la revuelta en Túnez, Goytisoló destaca, por un lado, el uso de los nuevos medios de comunicación y, por otro, la autoinmolación de un joven informático y vendedor de verdura, “Mohamed Buazizi, el mártir a quien corresponde el honor de ser el héroe de un nuevo Túnez abierto, laico y democrático” (Goytisoló 2011g). En otro texto hablará incluso de “inmolación crística” y pregunta: “¿sabía Cristo la que se iba armar en el mundo tras su crucifixión?” (Goytisoló 2011d). La repetida referencia al martirio de Buazizi y víctimas homólogas en otros países puede sorprender en un autor laico y tan poco inclinado a la hagiografía política: no obstante, más que caer aquí en la veneración de los héroes populares, Goytisoló muestra el papel de modelos identificatorios que estos “mártires” adquirieron *de facto* para los movimientos de protesta, y también es altamente significativo que el “delito” por el que fue asesinado Jalil Sayid en Egipto consistía en hacer uso de la libertad de expresión y de las nuevas tecnologías de comunicación para denunciar los abusos que los *mass media* controlados por el régimen ocultaban sistemáticamente.

La revolución tunecina acabó con algunos clichés sobre los árabes: “el de su fatalismo y resignación a la arbitrariedad y el de la incompatibilidad absoluta entre islam y democracia” (Goytisoló 2011c). Era previsible que la chispa de la insurrección pasaría pronto a Egipto, país que compartía con Túnez “el hartazgo de una gerontocracia que tiende a perpetuarse en el poder mediante una encubierta sucesión dinástica que bloquea toda posibilidad de cambio” (Goytisoló 2011c). Los omnipresentes retratos “[de] rostro acartonado del *Faraón*” Mubarak “parecía[n] un insulto a los millones de jóvenes sin trabajo ni expectativas de cambio” (Goytisoló 2011c), y solo faltaba el modelo de la emancipación tunecina para que se echaran a la Plaza de la Liberación para pedir la abdicación del dictador, en una revuelta sin líderes en que participaban individuos de todas las clases sociales: “los ex súbditos convertidos en ciudadanos que expresan su exasperación han roto con la psicología que sustenta la fidelidad y con el reflejo de sumisión al poder” (Goytisoló 2011c), y “sin distinción de credo ni ideología, compartían una misma fe en la urgencia del cambio” (Goytisoló 2011d). Entre los peligros e incógnitas que conllevaba el proceso revolucionario, Goytisoló enumeró “el consabido recurso al Ejército como

instrumento de salvación o a su recuperación por los movimientos islamistas” (Goytisolo 2011c), por un lado, y por otro la incertidumbre en cuanto al papel que desempeñarían las mujeres en el nuevo Egipto, cuestión de suma importancia para el futuro democrático:

Ni Egipto ni ningún país árabe podrán avanzar por el camino de la democracia sin la plena igualdad legal de los dos sexos, cuando las mujeres asuman su propio destino y tomen libremente la palabra (Goytisolo 2011i: 16).

En marzo del año revolucionario, Goytisolo aceptó una invitación a El Cairo donde habló en varios eventos sobre sus impresiones en el Egipto posdictatorial. Sobre este viaje escribió un extenso artículo titulado “La plaza de la Liberación”, en homenaje a la plaza ocupada por los manifestantes en que creía ver la realización de su visión utópica de Xemaa el Fná con que termina su novela *Makbara* (1980).

Mientras que en Túnez y Egipto las protestas masivas obligaron a los presidentes a abdicar en pocas semanas, la revolución libia fue larga y sangrienta, ya que los combates duraron meses y finalmente el conflicto se decidió gracias a la intervención militar europea. Goytisolo casi no habla de esta guerra de liberación, sino que se concentra en la figura del dictador cuyo carisma y extravagancia polarizaba a sus aduladores y enemigos. Perdido el miedo al tirano, los libios sublevados destruyeron los símbolos de su megalomanía: “los gritos de júbilo de quienes pisotean en Bengasi su odioso retrato, tienen algo de iniciativo y liberador” (Goytisolo 2011e). Cuando, a finales de febrero de 2011, Goytisolo publicó su texto más extenso sobre Gadafi, bajo el título de “El Estado soy yo”, la rebelión acababa de empezar, pero ya no le quedaban dudas sobre cómo terminaría: “Gadafi forma parte ya de la trinidad de los ídolos caídos en el muladar de la historia con Ben Alí y Mubarak. Confíemos en que el próximo sea Ahmedineyad” (Goytisolo 2011e). En cuanto al desenlace que esperaba a Gadafi, la historia le iba a dar la razón a Goytisolo ocho meses después de anunciar su derrota definitiva.

Marruecos, ¿un caso excepcional?

La euforia de Juan Goytisolo por lo que llama el vendaval del cambio sufrió un revés cuando el 28 de abril de 2011 estalló una bomba en un café de la Plaza Xemaa el Fná en Marraquech, a solo doscientos metros de la casa del escritor, donde escuchó la explosión, y media hora después vio los destrozos *in situ*. En una entrevista publicada el día siguiente en *El País*, interpretó el atentado como un intento de “grupos extremistas a los que no les interesa nada el cambio democrático” (Galarraga 2011). Pocos días antes había tenido lugar una manifestación con reivindicaciones semejantes, aunque más moderadas, a las de otros países árabes: “El 24 de abril [...] la protesta fue pacífica, la gente pedía la reforma de la Constitución, una Constitución democrática, una monarquía constitucional” (Galarraga 2011). Dos días después, en la edición del sábado de *El País*, Goytisolo publicó un comentario sobre el atentado, titulado “Fanatismo ‘versus’ diversidad”, en que confirmó este primer análisis: los islamistas radicales intentan hacer descarrilar el proceso de democratización atentando contra un lugar simbólico y emblemático de Marruecos y asestando un golpe a la industria turística, y también contra las aspiraciones de cambio de un movimiento cívico que invoca valores que “nacieron con la Revolución

Francesa, [pero que] no son valores exclusivamente europeos sino que tienen validez universal” (Goytisolo 2011h). Por razones diferentes, explica Goytisolo, tanto los regímenes en peligro de ser derrocados y los salafistas radicales “buscan crear un caldo de cultivo propicio a sus intereses y a la manipulación interesada de las creencias religiosas” (Goytisolo 2011h). Pero Goytisolo se muestra optimista:

Proclamar una dictadura suele ser fácil. La democracia al revés es un camino muy largo sembrado de trampas y obstáculos. Los extremistas que se oponen a ella saben que no cuentan con el apoyo de la población y por ello intentan sembrar la discordia y el caos (Goytisolo 2011h).

Concluye que el caso de Marruecos es particular, aunque no claramente excepcional: “Marruecos no ha vivido revueltas sangrientas y las grandes marchas de protesta que han recorrido sus principales ciudades no han puesto en tela de juicio, salvo unas pocas excepciones, el principio vertebrador de la monarquía” (Goytisolo 2012a: 45). Las críticas principales de los manifestantes marroquíes se dirigían contra la corrupción y los partidos pseudodemocráticos. Cuando empezaron las revueltas en otros países, el rey se apresuró a anunciar reformas, como una nueva constitución en que renunciaría a una parte de su poder. De hecho, en las elecciones relativamente libres –“millones de marroquíes no figuran inscritos en el censo y los residentes en el extranjero no han podido votar” (Goytisolo 2012a: 45)– de noviembre de 2011 ganaron los islamistas pragmáticos y “posibilistas” (Goytisolo 2012a: 45) del Partido de la Justicia y Desarrollo, más cercanos a los islamistas moderados turcos de Erdogan que a los integristas radicales. Aunque pensaba que había motivos para temer problemas para los derechos individuales, Goytisolo consideraba alentador el hecho de que se trataba del “primer Gobierno marroquí democráticamente elegido” (Goytisolo 2012a: 45), en elecciones que marcaron “el fin del caciquismo y manipulación de los comicios” (Goytisolo 2012a: 45).

Afinidades en la disimilitud

Si Goytisolo se esfuerza en sus artículos por mostrar la especificidad de cada país árabe y al mismo tiempo las semejanzas entre los regímenes criticados y, en algunos casos, derrocados por las revoluciones, se opone categóricamente a la homogeneización predominante en la visión occidental del ámbito islámico. Le importa señalar que las dictaduras de Ben Alí, Mubarak, Gadafi y consortes carecían de todo arraigo teológico-religioso en el islam –ni mucho menos en el islamismo, al que combatían brutalmente– y que de ningún modo se explican alegando el estereotipo del presunto despotismo oriental. Es decir, rechaza los modelos explicativos que las atribuyen, por prejuicio o por cálculo estratégico, a una diferencia cultural esencial e insuperable que políticos occidentales alegan a menudo para justificar la existencia, en los países de África y Asia –y haciendo abstracción del contexto cultural diferente, podríamos añadir América Latina–, de formas de gobierno que ellos mismos considerarían intolerables en Europa y Norteamérica y para legitimar pactar con estos regímenes la colaboración económica y militar, sacrificando así en el exterior lo que defienden en el interior como valores irrenunciables.

Una estrategia frecuentemente usada por Goytisolo para disminuir o incluso abolir la pertinencia de la diferencia cultural y religiosa en cuestiones de democracia y derechos

humanos consiste en establecer analogías entre los casos del ámbito árabe-islámico y ejemplos tomados de países occidentales, a fin de aproximar los supuestos contrarios y hacer reflexionar al lector sobre lo que su propio país y cultura comparten –o compartían en otra época histórica– con lo vituperado en el Otro. Goytisolo hace hincapié en que no se trata en absoluto de ecuaciones que pretenden la igualdad de los referentes comparados, que no los equipara ni considera idénticos, sino que solo quiere hacer visible que hay “disimilitudes [que] no excluyen una secreta afinidad” (Goytisolo 2010c). Esta advertencia se encuentra al principio de un artículo de octubre de 2010 sobre cuatro jefes de Estado autodefinidos como democráticos, aunque en virtud de concepciones muy diferentes de la democracia. Los compara con ases en un juego de póquer y presenta un primer retrato de los rasgos comunes: los cuatro “han convertido sus Gobiernos en una permanente exhibición de sus egos y talentos. Desempeñan sus respectivos papeles como actores ante un anfiteatro abarrotado”, mientras “[l]os medios de comunicación multiplican al infinito su representación cotidiana” (Goytisolo 2010c). Aunque no dice los nombres de estos ases ni de los países que lideran, en los cuatro párrafos que presentan las características individuales de cada uno hay indicios suficientes para identificar fácilmente a Nicolas Sarkozy, Silvio Berlusconi, Muamar Gadafi y Hugo Chávez, que evidentemente gobernaban a la sazón países muy disímiles –y que entretanto todos han sido destronados, también por razones muy diferentes (elecciones en Francia, dimisión en Italia, linchamiento en Libia y muerte natural en Venezuela)– pero entre los que existen afinidades que Goytisolo nos sugiere descubrir. Con esto por supuesto no dice que Francia e Italia son dictaduras como la Libia de Gadafi, pero sí nos advierte sobre ciertas tendencias antidemocráticas de Sarkozy y Berlusconi (v. gr. la egomanía, el autoritarismo, el abuso del poder, la manipulación populista, el control sobre los medios, y claro, sus relaciones inquietantemente amistosas con Gadafi en su últimos encuentros²).

Como variante de esta estrategia argumentativa de la analogía aproximativa podemos considerar la comparación del presente conflictivo de los países islámicos con referentes en la historia de España, procedimiento muy usado por Juan Goytisolo en sus textos sobre la guerra de Bosnia y el sitio de Sarajevo (véase Kunz 2007). Así, por ejemplo, en una entrevista con un grupo de egipcios comparó a Ben Alí y Mubarak con el general Franco, y dijo que se imaginaba que las emociones que tuvieron los egipcios el día de la caída de Mubarak debían de haber sido similares a las de los españoles cuando murió Franco (véase Yehia 2011). En uno de sus primeros artículos sobre la primavera árabe, intentó hacer comprensible el poder que tenía Ben Alí en Túnez citando un comentario de Manuel Azaña sobre la España del siglo XIX: en su ensayo *Tres generaciones del Ateneo*, Azaña explica que el despotismo decimonónico se cubría con un orden legal y cebaba “las ambiciones con el fomento de los intereses materiales” (Goytisolo 2011c), sirviéndose de sus dos armas favoritas, “el autoritarismo y la corrupción” (Goytisolo 2011c). Tras una cita literal y una paráfrasis de la argumentación del que fue presidente de la Segunda República Española, Goytisolo concluye con una comparación entre el ayer español y el presente norteafricano:

² A los ex presidentes de Francia e Italia les reprochará su hipocresía respecto a los regímenes árabes (Goytisolo 2011d), acusación que extendió también al primer ministro del Reino Unido, David Cameron (Goytisolo 2011m).

El ‘arte de fabricar parlamentos sin diputados de la oposición’, el descrédito de los partidos políticos, la fachada supuestamente democrática eran comunes a nuestros antepasados y a los tunecinos y egipcios de hoy (Goytisolo 2011c).

También recurre al ejemplo de España para advertir a los egipcios revolucionarios que el camino de la dictadura a la democracia será difícil, aunque quizás no tanto como en la Península Ibérica, ya que la modernización del Estado egipcio no comenzó en la primavera de 2011, sino que cuenta con una historia igualmente larga y marcada de altibajos desde los comienzos del siglo XIX, y la transición egipcia se produce en un contexto político y mediático mucho más favorable:

La democracia [...] requiere aventurarse por un camino muy largo en el que se acumulan toda clase de obstáculos. La historia de España desde las Cortes de Cádiz hasta la Constitución de 1978 es un buen ejemplo de ello, y la de Egipto de la época de Mehmet Alí a la caída del último *raïs* no lo es menos (Goytisolo 2011i).

Tales comparaciones, que generalmente se limitan a una frase o a lo sumo a un párrafo, no aspiran a competir con los análisis pormenorizados que haría un historiador o politólogo de las situaciones complejas a las que se refieren, sino que quieren cumplir ante todo una función persuasiva mediante procedimientos argumentativos que sitúan los sucesos árabes en el mismo nivel que los referentes comparativos españoles, negando así la relevancia de unas diferencias culturales fundadas en la religión que, si fueran realmente tan esenciales que repercutirían en una inconmensurabilidad de Oriente y Occidente, harían necesaria —o por lo menos legítima— esa aplicación de dos medidas distintas que Goytisolo no se cansa de criticar en sus artículos sobre la política exterior de Occidente en el ámbito islámico.

Otra estrategia que Goytisolo emplea a menudo, también con intención comparativa, consiste en leer los acontecimientos recientes a la luz de un texto del pasado. Lo hizo, por ejemplo, en Sarajevo con los escritos de la Guerra Civil de Antonio Machado y en Chechenia con *Hadji Murat* de Lev Tolstói, comparó a los terroristas islamistas educados en países occidentales con los jóvenes nihilistas de las novelas de Dostoievski (Goytisolo 2013b), y en el caso de la primavera árabe tanto como de la actual crisis económica recurrió a un historiador magrebí del siglo XIV en el ensayo “Ibn Jaldún y las revoluciones árabes”, con la intención de destacar los paralelismos entre la Edad Media y el incipiente siglo XXI. Ibn Jaldún, dice, “vivió también en una de esas épocas de tránsito histórico, de cambio de paradigma civilizatorio” (Goytisolo 2012c: 4), de modo que, aunque su realidad era muy diferente de la nuestra, una parte de su diagnóstico se puede aplicar al presente en que nos hallamos, según Goytisolo,

al final del ciclo de un capitalismo depredador y salvaje que nos amenaza con su total bancarrota, el declive del Imperio americano en el campo político, económico y militar, la incapacidad de la Unión Europea en acordar el coro disonante de sus voces [...] (Goytisolo 2012c: 4).

Ibn Jaldún comenta el esplendor y la caída de las dinastías gobernantes en el mundo árabe observando que, tras llegar al poder mediante la victoria militar, “se duermen en los laureles, se imaginan superiores a sus súbditos y les exigen obediencia en razón de su alcurnia y de la instrumentalización de la religión” (Goytisolo 2012c: 4). Lo mismo, opina Goytisolo, lo hacen hoy los monarcas de la Arabia Saudí y las familias republicanas

de otros países árabes, cuya autoridad se aceptaba hasta hace poco como si se tratara de un artículo de la fe. Los mismos líderes, descuidando sus obligaciones con la comunidad, provocan su ocaso, concluye Ibn Jaldún, dictamen que, salvando las diferencias, Goytisolo cree aplicable también a otras dictaduras modernas (el sha de Persia, Ceausescu en Rumanía, el castrismo en Cuba, etc.):

las reflexiones del historiador sobre el declive de la civilización musulmana en Al Andalus y Afriquíya y el crepúsculo de la enseñanza fuera del ámbito de la religión nos ayudan a comprender mejor los acontecimientos que se desenvuelven desde hace meses ante nuestros ojos (Goytisolo 2012c: 6).

El dictador como personaje de novela

Los comentarios acerca de Ibn Jaldún y su análisis de las razones del ocaso de los poderosos medievales entroncan con el interés de Juan Goytisolo por comprender el fenómeno del dictador en cuanto personaje egómano y obcecado por su imaginada omnipotencia, como protagonista de una grotesca autoficcionalización. Antes de la primavera árabe, la figura del dictador le sugería descripciones de su megalomanía, patente en la inclinación a los trajes de etiqueta de Ben Alí y los uniformes involuntariamente carnalescos de Gadafi que contrastaban con su decrepitud física, aires de grandeza que no lograban disimular la bajeza moral. El retrato que pinta de Gadafi es representativo de esta visión goytisoliana de la mascarada del poder dictatorial:

Su desmesurada afición a los disfraces y escenarios de ‘autenticidad beduina’ era en verdad única. Gorra de plato, librea, medallas, charreteras, uniformes de almirantazgo o de húsar del imperio austrohúngaro, feces otomanos, turbantes tribales, túnicas azules en juego con birretes del mismo paño, capas majestuosas de todos los colores del arcoiris [...] enmarcaban un rostro cada vez más inexpresivo y acartonado, con la mandíbula desdeñosamente alzada al estilo de Mussolini (Goytisolo 2011e).

Esta descripción, exacta en cuanto a la extravagancia del atuendo, pero literaria en su estilo, revela el aspecto novelesco —o novelable— del dictador. Dos años después, Goytisolo estableció un nexo entre “*Tirano Banderas* y los dictadores árabes”, y propuso una lectura paralela del final de las dictaduras árabes y las novelas latinoamericanas que, desde *La sombra del caudillo* (1929) hasta *La fiesta del Chivo* (2000), se centran en la figura del Jefe de Estado despótico. La primera diferencia que constata es que los dictadores novelescos murieron en la cama o “aferrados aún al poder”, mientras que de sus colegas árabes,

uno huyó precipitadamente tras 20 días de refriega, otro ha dado con sus huesos en la cárcel, un tercero fue linchado y un cuarto se eclipsó tras un arduo y mortífero proceso negociador. [En cuanto al] quinto, [sigue] todavía acuartelado en su puesto a costa de una guerra civil con decenas de millares de víctimas (Goytisolo 2013a).

Ahora bien, si la muerte del tirano Banderas, acribillado por los rebeldes, se parece algo a la de Gadafi, Valle-Inclán no hizo la pregunta que hoy preocupa en los cuatro países

árabes liberados de sus dictadores, Túnez, Egipto, Libia y Yemen: ¿qué ocurre después de la revolución? En cuanto al quinto dictador mencionado en la cita anterior, el sirio Bachar el Asad³, Goytisolo opina que perdió la oportunidad de negociar la transición a la democracia con los opositores similares al Roque Cepeda de Valle-Inclán y en cambio provocó un conflicto sangriento con los cabecillas de sublevados al modo de Filomeno Cuevas.

La ficción no solo le sirve a Goytisolo para establecer tales comparaciones, sino también se ofrece como medio idóneo para narrar el ocaso de los dictadores. Si, mientras los tiranos sigan vivos y en el poder, sus historias parecen más bien un culebrón televisivo⁴, la caída de los dictadores, en cambio, posee un enorme potencial novelesco. En un artículo escrito en la fase inicial de la sublevación libia contra Gadafi, pero ya anticipando el desenlace previsible, Goytisolo reflexiona sobre la novela que se podría escribir sobre “Las últimas horas del déspota”:

¿Qué pasa por la mente de un dictador en los últimos días, horas y minutos que preceden a su caída e inesperadamente le hunden en el muladar de la historia. ¿Cómo asimila el inimaginable pero real espectáculo de su amado pueblo vociferando contra él y quemando o pisoteando con furia su ubicuo retrato? (Goytisolo 2011f).

El tema es fascinante y si fuera un autor joven, con el potencial creativo intacto, trataría de expresarlo mediante un monólogo interior que mezclaría tiempos y espacios, imágenes de pasadas glorias y de presente hostil: desfiles victoriosos, tribunas de honor, recepciones palaciegas, besos lanzados al pueblo exultante de dicha, embriaguez de un poder sin límites y por consiguiente sin otro final plausible que el de una apoteosis en el lecho de muerte, rodeado de los suyos y de jefes de Estado en medio de expresiones de dolor y de llanto (Goytisolo 2011f).

La caída y muerte de Ceausescu hizo surgir la idea tentadora en la mente de Goytisolo, y la primavera árabe la reactivó. Pero en este caso, dice, no seguiría el modelo del relato biográfico de *Yo el Supremo* de Roa Bastos o *La fiesta del Chivo* de Vargas Llosa, aunque las considera “excelentes novelas”, sino que le parece más adecuado representar los acontecimientos como el “vértigo de un presente atemporal que discurre entre escabrosidades, remolinos y saltos de agua” (Goytisolo 2011f). Todos los dictadores árabes le brindarían material magnífico para que la “creatividad visual” lo transformara en literatura, pero el que más se prestaría a tal novelación es Gadafi, metamorfoseado de un joven oficial golpista en un “mascarón grotesco”, al que Goytisolo, si escribiera la novela que solo se imagina, atribuiría

un soliloquio en la vena del Ulises joyciano: el de un tirano asediado por recuerdos de su ensalzamiento a líder mundial y a quien sus pares, sedientos de petróleo, recibían con sonrisas y abrazos, en un *stream of consciousness* cuya corriente impetuosa mezclaría atropelladamente sus delirios de rey de África, los cadáveres ahorcados de centenares de opositores, las mazmorras subterráneas de su palacio de Bengasi, las declaraciones de amor a su pueblo, la transformación de la gran república de las masas popular y democrática en patrimonio familiar de él y sus hijos. [...] no dudo de que un día u otro algún novelista árabe lo acometerá (Goytisolo 2011f).

³ Sobre la revolución en Siria, véanse Goytisolo 2011j, 2011k y 2012b.

⁴ Sobre el “culebrón” de Alí Bey y Mubarak, Goytisolo 2011f: 27; sobre el clan de Gadafi, Goytisolo 2011i.

Goytisolo asegura que él ya no escribirá esta novela, y de hecho no es probable que vuelva a la ficción narrativa después de haberse despedido definitivamente de ella con *El exiliado de acá y allá* (2008). Pero es precisamente en esta su última novela donde anticipó por lo menos algunos fragmentos de esa narración hipotética, en una serie de capítulos que tratan de un dictador que, sin que se mencione su nombre ni se aluda al islam o al ámbito árabe, comparte rasgos evidentes con Ben Alí, Mubarak y consortes, empezando por el título con que estos se habían condecorado, “Padre de la Patria”, que en la obra de Goytisolo encabeza un monólogo atribuido al esbirro más eficaz y esmerado de los servicios secretos del régimen (Goytisolo 2008a: 123-124). A continuación se cuenta el viaje del protagonista a un “Estado regido con mano férrea por su omnipotente dictador” (Goytisolo 2008a: 125) para entrevistarse con el presidente, pero cae en una trampa que le tiende la policía secreta a fin de chantajearlo y obligarlo a retractarse públicamente de todas sus críticas dirigidas contra el tirano redactando “una sentida loa en honor del afrentado Líder de la Nación” (Goytisolo 2008a: 27), lo que hace en el capítulo siguiente, titulado “Autocrítica” (Goytisolo 2008a: 128). Termina la secuencia con un monólogo del dictador, “El uno y único” (Goytisolo 2008a: 129-131), en que este comenta su último triunfo en las elecciones presidenciales que ganó con un 99,99% de los votos, con un solo voto en contra, lo que, en vez de llenarlo de alegría, lo atormenta profundamente porque se pregunta: “¿Quién era el enigmático opositor?” (Goytisolo 2008a: 130). Fracasan todos los esfuerzos de las agencias de información para identificar a aquel enemigo solitario cuyo anonimato constituye una “amenaza latente” (Goytisolo 2008a: 130) para su poder. Finalmente, el dictador mismo encuentra la paradójica solución:

En el duermevela de mis noches de insomnio tuve un sueño premonitorio: me vi a mí mismo en el colegio electoral mientras depositaba la papeleta maldita. Al despertar, sin prevenir a nadie, grabé mi confesión en vídeo, con la tranquila certeza de que sería ejecutado de inmediato y descansaría para siempre en paz (Goytisolo 2008a: 131).

La moraleja de la parábola es evidente: lo que acaba con el dictador es él mismo, su sed ilimitada de poder, su delirio de grandeza, su desconfianza patológica y el aparato de represión creado para protegerse. El dictador de *El exiliado de acá y allá* podría ser africano, asiático, hispanoamericano; sin embargo, algunos manifestantes tunecinos reconocieron en estas páginas un retrato de Ben Alí y le pidieron a Juan Goytisolo la autorización para traducir este texto y hacerlo circular entre los simpatizantes del movimiento de protesta y liberación. Por supuesto, Goytisolo les dio el permiso con mucho gusto, brindando así una modesta contribución a la primavera árabe.

Bibliografía

- Galarraga, Naiara (2012): “Juan Goytisolo. Escritor residente en Marrakech: ‘El objetivo del atentado es claro: parar el proceso democrático’”. En: *El País*, 29-IV-2012, p. 4.
- Goytisolo, Juan (2000): “El Magreb a vuelo de pájaro”. En: *El País*, 18-I-2000, <http://elpais.com/diario/2000/01/18/opinion/948150007_850215.html> (15.10.2014).
- (2001a): “Preguntas, preguntas, preguntas”. En: *El País*, 20-IX-2001, pp. 27-28.
- (2001b): “Las mil y una caras del Islam”. En: *Letras Libres*, III, 35, pp. 48-55.
- (2001c): “Un intelectual libre”. En: *El País*, 29-XI-2001, pp. 19-20.
- (2002): “Respuestas, respuestas, respuestas”. En: *El País*, 9-IX-2002, pp. 13-14.

- (2003a): “Paisajes después de la batalla”. En: *El País*, 3-IV-2003, pp. 21-22.
- (2003b): “Castigo y crimen”. En: *El País*, 16-IV-2003, p. 16.
- (2003c): “Convivencia con el islam”. En: *Revista de Occidente*, 263, pp. 7-17.
- (2003d): “Tras el atentado de Casablanca”. En: *El País*, 18-V-2003, <http://elpais.com/diario/2003/05/18/internacional/1053208810_850215.html> (15.10.2014).
- (2003e): “El dictador en el zulo y el presidente suelto”. En: *El País*, 24-XII-2003, pp. 9-10.
- (2004): “De vuelta a la razón”. En: *El País*, 18-III-2004, pp. 15-16.
- (2006): “Entre manipulaciones y fetuas”. En: *El País*, 10-II-2006, pp. 13-14.
- (2008a): *El exiliado de aquí y allá*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- (2008b): “No imaginar alas, sino moverlas”. En: *El País*, 13-VI-2008, <http://elpais.com/diario/2008/06/13/opinion/1213308012_850215.html> (15.10.2014).
- (2009): “Por qué no pude aceptar un premio”. En: *El País*, 14-VIII-2009, <http://elpais.com/diario/2009/08/14/opinion/1250200805_850215.html> (15.10.2014).
- (2010a): “Oriente y Occidente como espacios mentales”. En: *El País*, 8-I-2010, <http://elpais.com/diario/2010/01/08/opinion/1262905213_850215.html> (15.10.2014).
- (2010b): “Jornadas damascenas”. En: *El País*, 11-VII-2010, <http://elpais.com/diario/2010/07/11/domingo/1278820361_850215.html> (15.10.2014).
- (2010c): “Póquer de ases”. En: *El País*, 22-X-2010, <http://elpais.com/diario/2010/10/22/opinion/1287698405_850215.html> (15.10.2014).
- (2011a): “La voz del nuevo Túnez”. En: *El País*, 15-I-2011, <http://elpais.com/diario/2011/01/16/internacional/1295132408_850215.html> (15.10.2014).
- (2011b): “No creas en lo que ven tus ojos...”. En: *El País*, 30-I-2011, <http://elpais.com/diario/2011/01/30/opinion/1296342004_850215.html> (15.10.2014).
- (2011c): “De Túnez a Egipto”. En: *El País*, 2-II-2011, <http://elpais.com/diario/2011/02/02/internacional/1296601214_850215.html> (15.10.2014).
- (2011d): “La historia se escribe en la plaza”. En: *El País*, 14-II-2011, <http://elpais.com/diario/2011/02/14/internacional/1297638005_850215.html> (15.10.2014).
- (2011e): “El Estado soy yo”. En: *El País*, 23-II-2011, <http://elpais.com/diario/2011/02/23/opinion/1298415612_850215.html> (15.10.2014).
- (2011f): “Las últimas horas del déspota”. En: *El País*, 8-III-2011, p. 27.
- (2011g): “El vendaval del cambio es imparable”. En: *El País*, 23-III-2011, <http://elpais.com/diario/2011/03/23/internacional/1300834809_850215.html> (15.10.2014).
- (2011h): “Fanatismo ‘versus’ diversidad”. En: *El País*, 30-IV-2011, p. 5.
- (2011i): “La plaza de la Liberación”. En: *El País*, 1-V-2011, pp. 14-16, .
- (2011j): “Los dictadores y sus pueblos”. En: *El País*, 30-V-2011, <http://elpais.com/diario/2011/05/30/internacional/1306706404_850215.html> (15.10.2014).
- (2011k): “Guerra abierta a sus pueblos”. En: *El País*, 18-VIII-2011, <http://elpais.com/diario/2011/08/18/internacional/1313618409_850215.html> (15.10.2014).
- (2011l): “Las ‘ratas’ en el búnker”. En: *El País*, 2-IX-2011, <http://elpais.com/diario/2011/09/02/internacional/1314914406_850215.html> (15.10.2014).
- (2011m): “Los Grandes y el mundo árabe”. En: *El País*, 9-X-2011, <http://internacional.elpais.com/internacional/2011/10/09/actualidad/1318111537_397311.html> (15.10.2014).
- (2011n): “No leído en la prensa”. En: *El País*, 28-XII-2011, <http://elpais.com/diario/2011/12/28/opinion/1325026805_850215.html> (15.10.2014).
- (2012a): “De la primavera al otoño árabe”. En: *El País Semanal*, 24-I-2012, pp. 26-45.
- (2012b): “El martirio de Homs”. En: *El País*, 11-II-2012, pp. 2-3.
- (2012c): “Ibn Jaldún y las revoluciones árabes”. En: *Claves de Razón Práctica*, 219, pp. 4-6.
- (2013a): “*Tirano Banderas* y los dictadores árabes”. En: *El País*, 20-I-2013, <http://elpais.com/elpais/2013/01/16/opinion/1358353718_679710.html> (15.10.2014).

- (2013b): “Dostoievski y los ‘lobos solitarios’”. En: *El País*, 4-VIII-2013, <http://elpais.com/elpais/2013/07/19/opinion/1374243591_622430.html> (15.10.2014).
- (2013c): “Una pasión egipcia”. En: *El País*, 8-IX-2013, <http://elpais.com/elpais/2013/09/06/opinion/1378481476_906440.html>
- Kunz, Marco (2007): “‘Nur die Fiktion konnte mich heilen’: Juan Goytisolo in Sarajevo”. En: Beganovic, Davor/Braun, Peter (eds.): *Krieg Sichten. Zur medialen Darstellung der Kriege in Jugoslawien*. München: Wilhelm Fink, pp. 65-83.
- Yehia, Karem (2011): “Juan Goytisolo in Cairo, his ‘utopia’”. En: *Ahram Online*, 15-IV-2011, <<http://english.ahram.org.eg/NewsContentP/18/10064/Books/Juan-Goytisolo-in-Cairo,-his-utopia.aspx>> (11-III-2013).